

La mona de Pascua del bosque

He aquí que una vez había, en un bosque lleno de flores, pájaros y mariposas, un grupo de animales que esperaban con mucha ilusión la llegada de la Pascua. La liebre Luna saltaba de un lado a otro, tan contenta que apenas podía parar quieta.

—¡Ya falta poco! ¡Ya falta poco! —decía—. ¡Este año haremos una mona de Pascua muy especial!

El pequeño erizo Roc, muy curioso, la miró con los ojos bien abiertos y le preguntó:

—Pero… ¿qué es exactamente una mona de Pascua?

La zorra Bruna, que sabía muchas historias y siempre hablaba con mucha calma, se acercó sonriendo.

—La mona de Pascua es una tarta que se hace para celebrar la Pascua —explicó—. A veces lleva chocolate, huevos, plumas o figuras bonitas. Pero lo más importante no es cómo es por fuera, sino hacerla juntos y compartirla con quien amamos.

—¡Oh! —dijo Roc—. ¿Entonces es como una fiesta que se puede comer?

La rana Jana dio un bote altísimo y se rió.

—¡Síííí! ¡Y eso suena buenísimo!

La ardilla Nil, moviendo la cola sin parar, gritó:

—¡Pues hagamos una! ¡Hagamos una ahora mismo!

Y todos los animales empezaron a pensar cómo podían ayudar. La gallina Paca estiró el cuello, toda orgullosa, y dijo:

—Yo puedo llevar huevos. Los pondré en una cesta e iré con mucho cuidado.

—Yo traeré un poco de miel —zumbió la abeja Mel—. Así podremos decorarla y quedará más dulce.

El oso Bernat, que era grande y fuerte, pero muy tierno, levantó una pata y añadió:

—Yo ayudaré con la harina y removeré la masa. Tengo fuerza suficiente para hacerlo bien.

El búho Ot, que era sabio y tranquilo, desplegó una hoja grande donde había una receta antigua y dijo:

—Escuchad bien: necesitaremos harina, huevos, un poco de leche, paciencia… y mucha alegría.

—¿Alegría? —dijo Jana—. ¡Pues yo traigo una cesta entera!

Todos se echaron a reír y se pusieron a trabajar. El bosque parecía un gran obrador: la liebre Luna iba arriba y abajo llevando pequeñas cosas, la ardilla Nil ordenaba los ingredientes, el oso Bernat revolvía la masa con una cuchara enorme, y el pequeño erizo Roc miraba

cada paso con tanta atención que parecía querer aprenderlo todo de memoria.

Cuando ya lo tenían casi todo a punto, la liebre Luna abrió una cajita para buscar el chocolate… y se quedó quieta de repente.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡No queda chocolate!

Todos se volvieron enseguida.

—¿Cómo no queda chocolate? —dijo la ardilla Nil, sorprendido.

—¿Ni un pedacito? —preguntó la rana Jana.

La liebre Luna enseñó la cajita vacía.

—Ni un pedacito…

Se hizo un pequeño silencio. Roc bajó un poco las orejas y, con voz flojita, dijo:

—Entonces… ¿ya no podremos hacer la mona?

La zorra Bruna se agachó a su lado y le acarició la cabeza.

—Claro que sí, Roc. Una mona de Pascua no debe ser perfecto para ser especial —dijo con suavidad—. Si la hacemos con cariño, ya será la mejor mona del mundo.

Esas palabras hicieron sonreír de nuevo a los animales. Enseguida, la ardilla Nil tuvo una idea y levantó las patitas.

—¡Podemos poner fresitas del bosque!

—¡Y flores comestibles! —añadió la abeja Mel, emocionada.

—Yo tengo almendras buenas —dijo Bernat.

—¡Y yo pondré unas plumas de colores alrededor! —dijo la gallina Paca—. ¡Quedará preciosa!

—¿Veis? —dijo la zorra Bruna—. Ya tenemos una mona única.

Con la alegría recuperada, acabaron de preparar la masa y la llevaron con mucho cuidado hasta un horno de piedra cerca del río. Mientras se cocía, un olor dulce y caliente se empezó a esparcir por todo el bosque.

—Mmmmmm… —dijo Jana, cerrando los ojos—. Huele a fiesta!

—Huele a Pascua —dijo el búho Ot, contento.

Cuando la mona salió del horno, estaba dorada y hacía tan buena pinta que todos abrieron mucho los ojos.

—Ahora toca decorarla —dijo la liebre Luna.

Y la decoraron entre todos, con mucho cuidado y mucha ilusión. Pusieron huevos pintados de colores, fresitas rojas, almendras crujientes y un hilo de miel brillante que parecía un rayo de sol. Finalmente, el búho Ot y el pequeño erizo Roc colocaron encima una figurita de pan en forma de conejito.

La rana Jana aplaudió.

—¡Es preciosa!

—Es la mona más bonita que jamás he visto —dijo la gallina Paca.

—Es la nuestra —dijo el oso Bernat, sonriendo.

El pequeño erizo Roc la miraba fascinado. Luego dijo, casi en un susurro:

—Ahora ya lo entiendo… La mona de Pascua no es sólo una tarta. Es una fiesta por compartir.

Justo en ese momento, por un caminito lleno de pétalos, apareció una tortuga viejecita y amable que vivía al otro lado del bosque. Caminaba despacio, como siempre, y parecía algo preocupada.

—¿Llego tarde? —preguntó con voz tímida.

La liebre Luna corrió hasta ella, le cogió la patita y le dijo con una gran sonrisa:

—¡Nunca es tarde para compartir una mona de Pascua!

Entonces todos hicieron un círculo bajo un almendro florido. Repartieron trozos de mona para todos, y mientras comían, reían y contaban historias. El sol de la tarde iba pintando el cielo de colores dorados y rosados, y el bosque se llenaba de una calma dulce y feliz.

Y ese año, todos los animales aprendieron algo muy importante: que la mona de Pascua es mucho más dulce cuando se hace entre amigos y se comparte con el corazón.

Y he aquí un bosque, he aquí una mona, este cuento ya ha terminado… y la Pascua fue buena.

Pinta el cuento

